

Complutum

ISSN: 1131-6993

<https://dx.doi.org/10.5209/cmpl.78587> EDICIONES
COMPLUTENSE

Margaret Mead o la dificultad de ser una mujer genial al comienzo de la modernidad

Almudena Hernando¹

Recibido: 19/03/2021 / Aceptado: 15/07/2021

Resumen. En este artículo se pasa revisión a la vida y obra de Margaret Mead, tal vez la primera mujer que defendió que los “roles sexuales” (lo que ahora entendemos por “género”) no estaban determinados biológicamente sino contruidos culturalmente. En el texto se argumenta que existen contradicciones y confusiones en su trabajo, derivados de las que caracterizaron su propia vida personal. Porque a pesar de defender teóricamente la construcción cultural del género, la enorme presión del orden patriarcal de comienzos del siglo XX no debió permitirle internalizar que realmente se podía ser una persona individualizada e inteligente si se era una mujer, lo que la llevó a construir un mito sobre ella misma que ponía en el centro su supuesta tendencia maternal, que vendría a demostrar inapelablemente que era mujer y no hombre. No solo su hija contradujo el carácter maternal de su madre, sino que el propio argumento, propio del orden patriarcal, hacía derivar del sexo actitudes y comportamientos (el carácter maternal de las mujeres), contradiciendo así la argumentación teórica por la que se hizo famosa.

Palabras clave: Margaret Mead, género, antropología, identidad de las mujeres en la modernidad.

[en] Margaret Mead, or the difficulty of being a brilliant woman at the beginning of Modernity

Abstract. This text will revise Margaret Mead’s life and production. She was perhaps the first women who defended the cultural construction of “sexual roles” (now called “gender”). A close analysis of her work shows, however, that contradiction is embedded in her theories, the same contradiction that characterized her personal life. Although she defended the cultural construction of gender, the huge pressure of the patriarchal order of the beginnings of the 20th century could have make her doubt of her condition of woman. This would explain her constant effort in demonstrating her maternal instinct (denied by her own daughter, by the way) that only women would have. The problem is that this argument is not only completely patriarchal, but it also contradicts the cultural construction of gender, connecting it biologically to sex.

Key words: Margaret Mead, gender, anthropology, modern women identity.

Sumario. 1. Introducción. 2. Antecedentes familiares. 3. El “guión cultural”. 4. Razón y emoción. 5. Juventud, homosexualidad, bisexualidad. 6. Comienzo de la vida laboral y multiplicación de las relaciones. 7. *Coming of Age in Samoa*, la obra que le dio fama. 8. *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* (y en su propia vida personal). 9. Contradicciones sobre la determinación sexual del género. 10. Recapitulación y conclusiones. Agradecimientos. Bibliografía.

Como citar: Hernando, A. (2021): Margaret Mead o la dificultad de ser una mujer genial al comienzo de la modernidad. *Complutum*, 32(2): 641-655.

1. Introducción

Casada tres veces y con múltiples amantes simultáneos de ambos sexos, autora de más de 30 libros y más de 1000 artículos en publicaciones tanto científicas como de divulgación,

invitada frecuente de espectáculos televisivos y entrevistas radiofónicas, conservadora de antropología del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, profesora e investigadora, Margaret Mead es una de las antropólogas más conocidas del siglo XX, a pesar de las

¹ Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología. Facultad de Geografía e Historia, Universidad Complutense, 28040-Madrid. hernando@ghis.ucm.es.

resistencias al reconocimiento que encontró en su propia disciplina, como demuestra el hecho de que no consiguiera la permanencia (*tenure*) en la Universidad de Columbia, donde enseñó hasta casi el momento de su muerte (Lutkehaus 1995: xii). Tal vez fue la primera mujer que puso en cuestión el carácter biológico y natural de lo que hoy denominamos “género” (y que ella llamaba “roles sexuales” o “personalidad sexual”), además de proponer en sus últimos años soluciones para conflictos internacionales, desastres ecológicos, violencia urbana, drogas o crimen (*ibid.*: xvii). Aconsejó a políticos, reformadores sociales y otros especialistas. Defendió la democracia liberal y se posicionó activamente en la II Guerra Mundial, participando en actividades de investigación para apoyar la paz y la resolución de conflictos. Y todo esto entre los años 20 y los años 40, cuando todavía era muy escaso el número de mujeres presentes en los ámbitos académicos y políticos.

Su vida revistió tanta intensidad, tal fue la cantidad y variedad de relaciones y situaciones por las que atravesó, tal la complejidad de las redes que iba tejiendo, que aclarar el panorama de lo acontecido es muy difícil de por sí. A ello se suma que ella no hizo nunca públicas algunas de sus relaciones, y que en su autobiografía (Mead 1972) construyó un relato de sí misma como de alguien autorrealizado y seguro (Lutkehaus 1995: xiv) que no coincide con las evidencias expuestas en sus cartas, con el análisis de otros autores (Banner 2003, por ejemplo) o incluso con la percepción de su propia hija (Bateson 1989), la única que tuvo, a los 38 años.

Su vida no puede entenderse sin la relación con Ruth Benedict, la otra antropóloga esencial de comienzos del siglo XX, 15 años mayor que ella, sin la cual seguramente no se hubiera sentido suficientemente segura y protegida para desarrollar el pensamiento y la frenética vida amorosa e intelectual a la que siempre se entregó. Ruth Benedict fue su maestra, amante, amiga, madre, mentora, la persona con la que sostuvo un vínculo más largo (25 años) y profundo, aunque nunca lo reconociera públicamente, ni siquiera a su propia hija, que en la biografía que hizo de sus padres, reconoce haberse sentido “engañada” porque su madre no confió en ella para contarle la verdad; “aprecio el nivel de honestidad de sus palabras, pero esta no era total” (Bateson 1989: 110). Ruth y Margaret eran inteligentes y críticas, inten-

taban ser libres en sus vidas y su pensamiento, abrieron cauces nuevos a la antropología, haciéndola atractiva al público porque servía para explicar las propias vidas de los americanos a través de su comparación con vidas de grupos ajenos, e intentaban encarnar el modelo de “Nueva Mujer”, que, de acuerdo con Lois Banner (2003: 6 y 9), se definía, entre otras cosas, por combinar carreras profesionales, libre sexualidad y un matrimonio de compañía. Sin embargo, ambas creían también que una mujer necesita ser madre para estar completa, y temían mucho comprometer sus carreras si se daba a conocer su relación con mujeres, por lo que siempre la ocultaron. Aunque Ruth Benedict tenía un carácter introvertido, y era insegura y muy tendente a la depresión –si bien no tanto como Margaret la retrató en su autobiografía (*ibid.*: 68)-, ambas intentaron compaginar academia y público, cambiar el mundo con sus escritos y, sobre todo, elaborar teorías que les permitieran entenderse a sí mismas dentro de pautas de comportamiento y personalidad distintas a las de la sociedad victoriana de la que procedían.

En mi opinión no se pueden entender los ejes más importantes de la investigación de Margaret Mead (o al menos aquellos por los que es más famosa y reconocida), como son la educación de los niños o la determinación social y cultural de lo “femenino” y lo “masculino”, sin entender que esas reflexiones, como su propia hija declara respecto al trabajo de ambos padres (Bateson 1989: 141), tenían como objetivo no sólo “los procesos biológicos y sociales” sino “conocerse a sí mismos”. O, en el caso de Margaret Mead, yo diría que justificarse a sí misma. Después de conocer su vida y su obra queda la inevitable sensación de que Margaret Mead intentó justificarse todo el tiempo, dar sentido a sus múltiples y profundas contradicciones, a través de racionalizaciones y justificaciones científicas.

Pero resulta necesario entender que dichas contradicciones eran un componente inevitable de la identidad de cualquier mujer emancipada e individualizada de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Ellas fueron las primeras generaciones que escaparon de la pura identidad relacional (la “identidad de género femenina”) de la que los hombres no habían dejado salir a las mujeres para que les garantizaran a ellos, que se iban individualizando, el apoyo emocional, la construcción de vínculos y los cuidados que ellos iban dejando

de saber cultivar. Al final del siglo XIX ellas comenzaron a individualizarse, pero no podían (ni querían) abandonar la identidad relacional, porque la pertenencia al grupo y la construcción de vínculos es imprescindible para sentir seguridad ontológica, y si ellas no seguían cultivándola, nadie se los garantizaría a ellas, ya que los hombres no habían sido socializados para saber cuidar ni construir vínculos. Así que ellas tenían que compaginar (como todas las generaciones posteriores de mujeres hasta la actualidad) dos modos de identidad que son estructuralmente contradictorios: la individualidad, cuyo eje está en el yo y en la agencia personal y que se relaciona con el mundo a través de la razón y de la sensación de que lo entiende y controla, asociada por el discurso patriarcal con los hombres; y la identidad relacional, que se construye a través del cuerpo (las formas de movernos, de hablar, de saludarnos...), de la cultura material que utilizamos y la apariencia que tenemos, y de los vínculos que construimos, asociada por el discurso patriarcal con las mujeres (Hernando 2012).

Margaret Mead intentó desanclar ambos modos de identidad de los sexos a los que la trayectoria histórica los había vinculado y fue la primera en teorizarlo así, pero creo que, en su más profundo interior, no pudo internalizar o subjetivar lo que ella misma teorizaba, generándose una contradicción entre lo que era y lo que teorizaba, entre lo que era y lo que creía que era. La presión social era todavía demasiado fuerte como para que una mujer pudiera reconocerse como tal si abandonaba la prioridad de lo relacional, por lo que Margaret, que claramente le dio prioridad a su parte individualizada (y de hecho encarnó una identidad muy característica de los hombres patriarcales), necesitó insistir todo el tiempo en que ella era femenina para que se la reconociera como mujer, sexo del que nunca dudó. Esta contradicción tiñó de confusión y contradicciones sus declaraciones en relación a la relación sexo-género, la determinación biológica del sexo o la homosexualidad, lo que explica que fuera considerada precursora por algunas feministas, mientras que otras (como Betty Friedan) la consideraran defensora de la vuelta al hogar de las mujeres (Banner 2003: 360). Para desarrollar mi argumentación me basaré en textos que, de ninguna manera, aspiran a reflejar una lectura completa de todo lo escrito por ella o sobre ella (lo que sería inabarcable). Aunque su biografía más conocida es la publicada por Jane Howard

(1984), yo me he basado principalmente, para analizar sus contradicciones, en su autobiografía (1972), el retrato que de ella y su último marido, Gregory Bateson, hace su única hija, Catherine (Bateson 1989), el fantástico estudio de Lois Banner (2003) sobre su relación con Ruth Benedict y sobre la vida de ambas, y en las tres obras principales de Mead en relación al sexo y el género (1928 [1984], 1935 [2018] y 1949 [1961]), con añadidos diversos de otros trabajos. Mi aspiración es mostrar el difícil camino interior que tuvieron que recorrer las pioneras de cualquier disciplina para enfrentarse a un mundo de pensamiento y creatividad que, hasta su llegada, se consideraba privativo de las mentes masculinas.

2. Antecedentes familiares

Margaret Mead nació un 16 de diciembre de 1901 en Filadelfia, en una familia de *Old Americans* de 10 generaciones, procedentes de Inglaterra (Banner 2003: 19). Su madre, Emily Fogg, pertenecía a una familia acomodada, de religión unitaria, abolicionista y defensora de los derechos de la mujer. Estudió dos años en el Wellesly College antes de entrar en la Universidad de Chicago en 1894, en donde conoció al que sería su marido, Edward Mead, que estudiaba el doctorado en economía. Tras graduarse, enseñó varios años en una escuela privada y entró al programa de doctorado, donde era muy raro encontrar a mujeres. Nunca lo acabó, pero su objetivo era continuar el trabajo de campo que había hecho para el trabajo de fin de Máster, donde analizaba la vida en una comunidad de inmigrantes italianos en Hamonton (New Jersey). Margaret fue su primera hija. Nació al año siguiente de casarse, cuando Edward acabó el doctorado y le dieron un puesto en la universidad. Luego tendrían 4 hijos más (una, Katherine, fallecida a los 6 meses de nacer, dejando al parecer un trauma en Margaret del que solo habló en algunos escritos privados y no nombró nunca en la autobiografía (*ibid.*: 67), y que pudo ser la fuente de recurrentes pesadillas de bebés muertos). Se mudaban 4 veces al año, porque en primavera/otoño vivían donde la madre hacía trabajo de campo, en invierno junto a la Universidad Wharton School de Comercio y Finanzas, en Filadelfia, donde enseñaba el padre, y en verano en la costa. La abuela paterna, Martha Mead, exmaestra, les enseñaba en casa (*ibid.*: 18).

De hecho esta abuela fue para Margaret la “influencia más decisiva de mi vida” (Mead 1972: 45), la persona más amada en su familia, que, a diferencia de su madre, “siempre quería decir lo que decía” (*ibid.*) y tal vez, la que le ofreció el modelo con el que quiso identificarse, cuando en sus últimos años le gustaba considerarse “abuela para el mundo” (Lutkehaus : xv). Era cálida y perfecta, en palabras de Margaret, y se convirtió en su “modelo cuando, más tarde en la vida, intenté formular el papel de los padres modernos” (Mead 1972: 45-6). Martha Mead estaba convencida de que las mujeres eran más fuertes y menos vulnerables que los hombres, y de que no tenían ninguna limitación, lo que para Margaret habría de constituir, según reconocería después “parte de la base de mi aprendizaje del significado del género” (*ibid.*: 48). Esto explica también el rechazo del feminismo de Margaret Mead, al que identificaba con el “apasionado resentimiento por la condición de las mujeres” que había percibido en su madre, tan contrario al espíritu de su abuela de “estar a gusto” con el hecho de ser mujer (*ibid.*: 53-4).

Su madre, Emily, estuvo siempre comprometida con movimientos en defensa de los derechos de las mujeres y en la lucha por el sufragio femenino y por las libertades civiles, pero, víctima de esa contradicción inevitable en las mujeres individualizadas, se casó (sin estar enamorada, según reconoció en sus escritos) a los 30 años con un hombre de masculinidad agresiva que la engañaba con otras mujeres, y del que tuvo 5 hijos, a los que intentaba criar (*ibid.*: 37) al parecer sin mucho éxito, de acuerdo a los recuerdos y resentimientos que le quedaron a Margaret. Y es que en su autobiografía cuenta una versión positiva y optimista de los padres que no se corresponde con el contenido de los borradores, cartas y notas que Lois Banner (2003) recuperó. No es que sea mentira lo que cuenta sobre los padres, sino que no es toda la verdad (*ibid.*: 68).

En la versión positiva de su familia, la relatada en la autobiografía, sus padres habían construido un matrimonio amoroso y feliz de intelectuales brillantes que le enseñaron a pensar, así como las habilidades de su posterior trabajo como etnógrafa. En su casa eran naturales las discusiones sobre temas como la literatura o los problemas sociales mientras cenaban o tenían reuniones sociales, a menudo con famosos académicos amigos. Su padre había sido un mentor sobresaliente que le había enseñado a escuchar para aprender, y su

madre una reformista modelo. Sin embargo, en los borradores de su autobiografía y en un texto no publicado de 1935 recuperados por Lois Banner (2003), da otros datos que después desaparecieron de su visión edulcorada: retrata a su madre como fría y distante, severa, obsesiva, sin capacidad para el placer. No estaba cómoda con su cuerpo ni con su sensualidad. Confesó no haber disfrutado nunca del sexo y no quería tener más hijos después de Margaret, pero no tomaba anticonceptivos y se plegaba a los deseos del marido. Ella quería hacer una carrera, no tener 5 hijos (*ibid.*: 77-8). A su padre, por su parte, lo retrata como intolerante y agresivo, acostumbrado a gritar a su madre para que dejara lo que estuviera haciendo cuando él la llamaba, intelectual mediocre al que le interesaba más el dinero que el conocimiento, y desinteresado en el cuidado y la atención de las mujeres de su familia (madre, esposa, hijas) y preocupado solo por su hijo Richard (*ibid.*: 74).

El duelo por la muerte de Katherine, su segunda hija, afectó definitivamente la estabilidad del matrimonio, que había ido mal desde el comienzo. El padre comenzó a tener relaciones con otras mujeres, y la madre tuvo una crisis nerviosa cuando Margaret tenía 8 años, tras el nacimiento de Elizabeth, que provocó su internamiento en una casa de descanso durante un año. La familia se trasladó a vivir cerca de ella y Margaret se hizo cargo en gran medida del cuidado de su hermanita, así como de Priscilla, que nacería después (*ibid.*: 89). Ella misma creía encontrar en este hecho la causa de su gusto por organizar actividades y las vidas de cuantos le rodeaban, lo que ella interpretaba como su función maternal (*ibid.*: 90). Pero el caso es que este papel “maternal” no se acompañaba de un carácter relajado, cálido y tierno, como el de su abuela, sino de un carácter controlador y demandante del que se quejaron sus sucesivos maridos.

3. El “guión cultural”

Tal vez fuera el hecho de que las mujeres comenzaban a individualizarse y podían poner en riesgo el esquema binario de género tradicional, lo que permita explicar lo que Margaret Mead llamó el “guión cultural” (*cultural script*) que caracterizó la socialización de género victoriana. Consistió en el estímulo y potenciación del establecimiento de vínculos

íntimos y relaciones románticas entre chicas, al tiempo que las guiaba al matrimonio (Banner 2003: 95-6). Desde el último cuarto del siglo XIX, cuando las mujeres empezaron a entrar en la enseñanza superior y por tanto a individualizarse (y posteriormente a trabajar fuera de casa de forma masiva por la I Guerra Mundial) parece haber existido una “reacción patriarcal” consistente en neutralizar el riesgo de que abandonaran la identidad relacional (que tan necesaria era para sostener la individualidad masculina) a través de insistir en la identificación de las mujeres con la construcción y el sostenimiento de los vínculos. Se esperaba que las niñas tuvieran una profesora “favorita”, una “amiga íntima” y que estuvieran “quedadas” con alguien (en inglés se utilizan términos como *smash* o *crush* que son difíciles de traducir). Las relaciones replicaban el cortejo masculino, con entregas apasionadas, celos, tendencia a la exclusividad, traiciones, etc. (*ibid.*: 33). La clase media victoriana no encontraba peligro en la cercanía apasionada entre chicas, ya que atribuían menos deseo sexual a las mujeres que a los hombres, consideraban que la sexualidad solo se asociaba a la penetración, la masturbación estaba prohibida y el sexo oral fuera de cuestión. La homosexualidad, de hecho, se denominaba en ocasiones, “el crimen que no puede ser nombrado” (*ibid.*: 31). Pero resulta obvio que este “guión cultural”, introducía a las chicas en un confuso patrón moral en relación a sus orientaciones sexuales: por un lado las impulsaba a idealizar a otras mujeres a las que sentirse afectivamente apegadas y, por otro, no se ponía en duda que el matrimonio (heterosexual, por supuesto) era el único culmen deseable en la vida de una mujer. De hecho, el complemento imprescindible para las “amigas íntimas” debía ser siempre la existencia de un novio, papel que vendría a cumplir Luther Cressman, el primer marido de Margaret, cuatro años mayor que ella, metodista y hermano de su profesor de ciencias en el instituto (Mead 1972: 83), con quien se comprometió a los 17 años (*ibid.*: 104). Aspiraba, siguiendo los deseos de su madre, a convertirse en ministro de la iglesia, lo que se acomodaba muy bien a las fantasías de la joven Margaret, que se veía como la esposa de un ministro (*ibid.*: 84), llevando todos los asuntos de la iglesia y teniendo 6 hijos, siguiendo el modelo de comportamiento de una adolescente idealizada a la que había conocido en la niñez (Banner 2003: 105).

Aunque Margaret (siguiendo el modelo de su madre) había tenido al menos tres amigas íntimas ya antes de llegar a la universidad (*ibid.*: 99), fue al llegar a Barnard College (Nueva York) –tras un frustrante primer curso en la conservadora y clasista Universidad de DePaw, *alma mater* de su padre- (Mead 1972: 88-101) cuando creó alrededor de sí un grupo de amigas de ambiente lesbiano a quien la profesora de teatro puso el intraducible nombre de las *Ash Can Cats* (algo así como Gatas Callejeras o Gatas Cenizas²) (*ibid.*: 103), integrado por mujeres mucho más inseguras que ella, de las que se sentía la madre (o incluso la abuela de las que fueron entrando después) (Banner 2003: 164), y de las que algunas fueron amigas, puede ser que amantes, y en todo caso estuvieron apasionadamente enamoradas de ella. Debe tenerse en cuenta, además, que el binarismo de género propio del patriarcado estaba fundamentado en la heterosexualidad normativa, por lo que si se rompía aquel, escapando de la función tradicional de las mujeres, la orientación sexual quedaba liberada de sus ataduras reguladoras.

Pero defender esta liberación era tan complicado como asumir la propia contradicción que implicaba la individualización femenina, y como desligar realmente el sexo del género. La fundamentación binaria de toda la construcción era tal que solo podía entenderse que a un hombre le interesara otro hombre si tenía el alma o “psique” de una mujer, y viceversa (es decir, una lesbiana era una persona con cuerpo de mujer pero alma de hombre). La homosexualidad (término acuñado en 1869 por Karoly María Benkerty) implicaba entonces una “inversión interna”, según uno de sus más valientes y precoces defensores, Karl-Heinry Ulrichs (1825-1895). El problema es que se entendía la “homosexualidad” como una identidad estática, por lo que Margaret Mead se negó toda su vida a reconocer públicamente sus relaciones con mujeres, porque eso hubiera implicado aceptar tener alma de hombre, categoría en la que no se podía reconocer. Margaret describía el estigma y el rechazo que producían en el conjunto social las mujeres que se vestían como los hombres o las que abandonaban su hogar para trabajar, lo que conducía a la mayoría de ellas al matrimonio para ser reconocidas y aceptadas socialmente (Banner 2003: 129).

² Agradezco a Sally Gutiérrez y José Manuel Bueso por su ayuda con esta difícil traducción.

De hecho, ella vistió siempre con vestidos floreados, como los de su abuela, rechazando los pantalones con que, al igual que a su hermano, la vestía su madre (*ibid.*: 87).

Tal vez por eso, el “feminismo” de comienzos de siglo enfatizaba la importancia del matrimonio y la maternidad, aunque sin olvidar la educación y las carreras. De hecho, la autora “feminista” más leída y conocida de la época, la escritora sueca Ellen Key, “glorificaba el amor heterosexual como una fuerza “evolutiva” divina” y creía que cada mujer debía buscar a su “gran amor”, encuentro que, de tan trascendente, solo podría ocurrir una vez, conduciendo de manera natural al matrimonio. “La maternidad tenía que ser parte de ello, porque tener y criar a un niño era un imperativo biológico y la mayor alegría de una mujer” (*ibid.*: 131-2). Apelaba al desarrollo de características mezcladas entre ambos sexos (hombres cuidadores, por ejemplo) y al desarrollo de la “personalidad” de cada cual (el “encontrarse a sí mismo” de Nietzsche), pero le parecía importante mantener los límites entre los géneros (*ibid.*: 133).

Este término de “personalidad” va a ser después fundamental en las teorías de la escuela de Cultura y Personalidad de Ruth Benedict y Margaret Mead, y servirá de base a las teorías de Margaret sobre el género. Las mujeres independientes de ese momento estaban en contra de la generación feminista anterior, la de las sufragistas y luchadoras por los derechos de las mujeres, porque pensaban que la participación de las mujeres en la I Guerra Mundial demostraba que esos derechos ya se habían conseguido (al menos para las mujeres de clase media) (*ibid.*: 142) y que aquellas habían sido mujeres que no habían sabido ni podido disfrutar del sexo ni de la compañía de los hombres. Ahora defendían la sexualidad libre y la igualdad de derechos, pero también querían matrimonio e hijos, y el “gran amor” de Key (*ibid.*: 139).

4. Razón y emoción

Margaret debía tener una personalidad magnética que no dejaba indiferente a nadie. Sus contradicciones debían manifestarse con una intensidad tan hipnótica como difícil de manejar para la mayoría. Dulce e intensa, optimista y brillante, controladora y demandante (*ibid.*: 219), podía mostrar tanta necesidad de protección como capacidad y deseo de dirigir la vida de los demás. Según algunos amigos, tenía mu-

cha facilidad para pasar de lo amoroso a lo furioso (*ibid.*: 189), y parece que al comienzo de las relaciones se mostraba frágil y necesitada de protección, pero cuando las asentaba mostraba un lado mucho más controlador y rígido.

Margaret Mead vivía en un constante torbellino arrastrado por la fuerza de sus inseguridades, su brillantez mental y verbal, su deslumbrante personalidad y los dramas que creaba (Banner 2003: 77). Y es que parece que habitaba un estado de exaltación permanente. En una carta a Ruth, hablando de su ritmo frenético de vida y trabajo, declaraba que “*be lazy, go crazy*” (si eres perezosa, te vuelves loca) (*ibid.*: 88), justificando una constante y frenética actividad que le hacía alejarse sustancialmente del modelo de comportamiento y aspiraciones propias de las mujeres de la época y la identificaba con las de los hombres (de hecho, con los más individualizados y geniales). Y es que, por las informaciones que quedan, parece haber necesitado ser el centro de atención y afecto, y haber tenido dificultades para establecer vínculos estables que no pasaran por el deber o la racionalización. Me referiré a su dificultad para construir identidad relacional desde cuatro ángulos distintos.

El primero es, por su importancia, la relación con su hija. Como dije más arriba, tanto para Margaret como para Ruth, una mujer no estaba completa si no era madre, por lo que ambas lo intentaron con denuedo. Pero Ruth no pudo, y Margaret solo tuvo una hija con su tercer marido, tras un diagnóstico a los 25 años que dictaminaba su incapacidad para concebir (Bateson 1989: 19) y varios abortos (Mead 1972: 246). Sin embargo, cuando la tuvo, el relato de la propia hija transmite esa dificultad para disfrutar de la cálida y reconfortante sensación del vínculo recién creado. Catherine cuenta que cuando llegó el momento de su nacimiento, Margaret, en ausencia de su marido, que tardaría unas semanas en llegar procedente de Inglaterra, dispuso que otra persona filmara el parto (“hecho casi inaudito en aquella época”), para analizar después el comportamiento del bebé, pues pensaba que la criatura es más espontánea en la primera hora de vida que en los siguientes días o meses, cuando el entorno comienza a dejar su huella (Bateson 1989: 24). Parece como si no pudiera dejarse ir, entregarse solo a la emoción del momento, a la pura sensación trascendente de estar dando a luz una nueva vida, como si solo interponiendo la distancia de la razón pudiera conectarse con los demás, incluida su anhelada hija. Grababa

y anotaba todo lo relacionado con su infancia para analizarlo y compararlo después, y se sentía orgullosa de tener documentada su infancia mejor que nadie en Estados Unidos (*ibid.*: 25). Según cuenta Catherine, cuyo relato deja traslucir cierto resentimiento, su madre contaba con satisfacción que cuando Gregory, su marido, volvió de Inglaterra a las seis semanas del parto, ““desp(idieron) a la niñera y (se) cuida(ron) de ella todo un fin de semana...”. *Todo un fin de semana...* Aún sin las bastardillas, esa frase me causa perplejidad”. Tras ese fin de semana, que les dejó con “la certeza de haber aprendido lo que significa atender a un bebé” (*ibid.*: 21-22), la devolvieron al cuidado de la nodriza inglesa, que se ocuparía de ella durante toda la crianza. Queda un regusto amargo al leer el relato de la hija sobre la vida de sus padres, dominado todo el tiempo por la frialdad de las racionalizaciones de Margaret, y una sensación de intensa soledad interna, andamiaje nuclear de la construcción de lo que la hija llama “el mito de sí misma” que se contaba a sí misma y a los demás (*ibid.*: 23).

El segundo ángulo desde el que analizar su dificultad con los vínculos es que Margaret nunca tuvo casa propia, nunca construyó un hogar, sino que siempre vivió en casas de amigos (*ibid.*: 34) y, aunque en parte se debía a que defendía que la vida comunitaria era mejor para la educación de los niños, lo cierto es que semejante organización le permitía viajar libremente dejando a la niña al cuidado de esos amigos en cuyas casas vivía (Banner 2003: 416). Su hija reconoce que, después de la guerra, Margaret “había organizado su vida en gran medida alrededor de las tareas maternas. (...) Pero a mediados de la década de los 50 yo ya no era una niña, y a medida que adquiría mayoría de edad e independencia, la necesidad de ocuparse de mí perdió importancia” (Bateson 1989: 86). Así, por ejemplo, cuando tenía 13 años, Margaret pasó casi 12 meses en el Pacífico, desde donde escribía cartas contando su experiencia (Mead 1977), que en su oficina mecanografiaban y repartían a familiares y amigos, incluida su propia hija, a quien no destinaba ninguna carta especial, razón por la cual, imagino, no quería leer las que todo el mundo recibía (Bateson 1989: 86). Después de regresar, dice Catherine (*ibid.*: 87), “mi madre aparecía con mayor frecuencia en televisión y cada vez menos por el hogar”, lo que acabó por animar a la hija a independizarse.

El tercer ángulo es el de las relaciones amorosas que tuvo. Ruth Benedict y Gregory Bate-

son, su tercer marido, “fueron las personas por quienes sintió el amor más intenso y persistente, con quienes más exploró las posibilidades de la intimidad personal e intelectual” (Bateson 1989: 102). Y tuvo algunas compañías que le duraron toda la vida, como su examante Marie Elchelberg, “tía Marie” para Catherine, una de las *Ash Can Cats*, en cuya casa vivió Margaret las 6 semanas que transcurrieron entre el parto y la llegada de su marido, y de cuya casa salió Catherine para casarse (*ibid.*: 20). Pero sus propias declaraciones sobre el amor ponen en evidencia su dificultad para el vínculo. Preguntada por Jane Houston en una entrevista de 1975 sobre sus relaciones amorosas, ella contestó:

el problema más gracioso que tengo es que la gente de la que estoy enamorada es vino para mí, pero yo soy pan para ellos; yo nunca he sido vino para nadie... (Son) excitantes, maravillosos, encantadores, (pero) no necesarios ni exclusivos, ya sabes, porque bebes un buen vino con un plato y otro buen vino con otro, pero no (necesitas) vino para desayunar. Y la gente que encuentro que es vino, siempre decide que yo soy pan que quieren en cada comida (citado en Coffman 2021: 58-9).

No puedo evitar percibir un fuerte desapego emocional en sus palabras y esa actitud que Lois Banner (2003: 248) considera propia de la filosofía de Don Juan, tan típica de la masculinidad patriarcal, y tan opuesta a la percepción que Margaret tenía de sí misma como femenina y madre potencial, imagen que para ella implicaba heterosexualidad y matrimonio.

El cuarto y último ángulo, relacionado con ése, es el de sus relaciones sexuales, muy abundantes con hombres y mujeres, porque en su opinión, el sexo empodera siempre y cuando pueda establecerse libremente, sin ataduras ni celos por ninguna de las partes (muy al modo “masculino”, podríamos decir también). La idea de sí misma debió girar en gran medida alrededor de la capacidad de desear y de generar deseo, y de transmitir a los demás que era deseada. Su hija cuenta que, alrededor de sus 25 años, su madre, “de unos 65, creyó necesario hacerme saber que aún llevaba una vida de relación amorosa, a fin de que no cayera en el error de pensar (...) que la actividad sexual es incompatible con las canas” (Bateson 1989: 107).

Como veremos en las siguientes páginas, simultaneó varias relaciones amorosas y sexuales. Su hija escribió que “durante la mayor

parte de su vida adulta (...) mantuvo una relación íntima con un hombre y con una mujer” (*ibid.*: 103), aunque muchas veces simultáneo un número mayor de relaciones. “Esa doble estructura debió darle fuerza y satisfacción”, continúa su hija, “pero al mismo tiempo creó una especie de aislamiento, debido a la necesidad de mantener el secreto” (*ibid.*).

Da la impresión de que sus relaciones pasaban siempre por la mente, por las racionalizaciones. Su cabeza nunca dejaba de pensar y de intentar concebir ideas nuevas, estableciendo comunicación con los demás a través de las ideas que estos pudieran sugerirle. Por eso, dice la hija, “cuando ella agonizaba, todos tratamos de decir cosas que ella hubiera querido anotar y recordar” (*ibid.*: 170-1), como el principal regalo que unx podía darle. Sobre cada aspecto de la vida quería construir una hipótesis, encontrar pautas y repeticiones (*ibid.*: 172), porque esta debía ser la manera de orientarse vitalmente y de organizar el torrente imparable de emociones, sensaciones e ideas que la arrastraban interiormente.

5. Juventud, homosexualidad, bisexualidad

Tras una muy frustrante experiencia en la conservadora universidad de DePaw, al llegar a Bannard realizó cuantas actividades pudo para ganarse el reconocimiento y la compañía de la gente, y al tiempo que seguía prometida con Luther Cressman, organizó y lideró el grupo de las *Ash Can Cats*, como dijimos más arriba. En el primer año simultaneó la relación de Luther con la de Leone Newton (que firmaba como Lee o Peter), con quien sostuvo una relación apasionada, según demuestran las cartas de la última analizadas por Banner (2003: 168-9) -aunque Margaret lo oculta en su autobiografía (*ibid.*: 170). Posteriormente Margaret querrá dejar la relación, aunque Leone se resistirá, y comienza a presionarla para hacerla pública, al mismo tiempo que Luther lo hace para casarse (*ibid.*: 174). Margaret no sólo mantiene la relación con ambos, sino que, en el último curso, aumenta las relaciones lesbianas para acoger a dos mujeres profundamente enamoradas de ella también: Marie Elchelberg y Mary Bloomberg, que le demostraban su devoción arreglándole la ropa, limpiando su habitación, peinándola o haciéndole las uñas (*ibid.*: 176). En ese tiempo, conoció también a Ruth Benedict. Aunque Margaret quería ser psicóloga y había sido admitida al

Máster de Columbia, decidió compaginar esos estudios con el doctorado en Antropología, por lo que se apuntó a la asignatura de Introducción a la Antropología a cargo de Franz Boas³, que en 1922 impartía Ruth, una alumna de doctorado 15 años mayor que ella y con la que poco a poco iría consolidando una profunda relación. Desde 1922 empieza a soñar con bebés muertos, siente náuseas y, como su abuela, tiene una neuritis tan fuerte en el brazo derecho que tiene que aprender a escribir con el izquierdo (Mead 1972: 104; Banner 2003: 176). En febrero de 1923, Marie Bloomberg se suicida, generándole un enorme sentimiento de culpa, que le hará decidir no hacer daño nunca a nadie más y hacer feliz a todo el mundo (Banner 2003: 179). En 1948, en plena crisis con Gregory, su tercer marido, fue a un psicoanalista jungiano que analizaba su pasado a través de las cartas que ella había escrito, quien le dijo que en esa época había estado al borde de una crisis nerviosa generada por su desorientación sexual (*ibid.*: 177).

Avanzada su vida, cuando se había separado de Gregory Bateson y era pareja de Rhoda Métraux, declararía que lo ideal en la vida de una persona es ser homosexual en la juventud, heterosexual en la madurez y homosexual en la vejez, porque es el modo de tener hijos durante los años fértiles, y compañía y amor en el resto (Banner 2003: 253). Pero esto lo decía sin reconocer que ella misma había pasado, más o menos, por esas tres fases porque, de hecho, siempre se negó a reconocerse como homosexual, y tal vez por ello compaginó las relaciones con hombres y mujeres (a veces varixs a la vez).

6. Comienzo de la vida laboral y multiplicación de las relaciones

En 1923 entra a trabajar como conservadora en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, por influencia de Franz Boas, y en septiembre de ese año se casa con Luther Cressman. Su boda fue bastante desastrosa, al parecer. Tuvo náuseas toda la mañana y pasó toda la noche de bodas en otra habitación con la excusa de que tenía que terminar un libro (Banner 2003: 219). Cuando regresaron, él si-

³ Judío exiliado de Alemania, de mente brillante, transformó la disciplina de la Antropología en Estados Unidos, sacándola de los Museos y el estudio de las piezas, y llevándola a la investigación y a las universidades. En los años 30, todos los directores de los Departamentos de Antropología de Estados Unidos habían sido alumnos suyos (Banner 2003: 191).

guió con su doctorado en sociología y ella en antropología, renunciando a la idea de organizar la parroquia y tener hijos con él. Luther era una personalidad opuesta a la del padre. Hacía siempre lo que ella quería, incluyendo aceptar la constante presencia de Marie Elchelberg (a la que definió como un “perrito faldero”), y la ausencia casi permanente de Margaret (*ibid.*).

Un año después de esa boda, en 1924, Ruth Benedict le pide mayor compromiso (*ibid.*: 223) y al final de 1924 ya eran amantes. Ruth tenía 37 años y Margaret 23. Mientras tanto, Margaret conoce en un congreso a Edward Sapir, otro alumno de Boas, y se hacen amantes en la primavera de 1925 (*ibid.*: 226).

Boas quería demostrar que la emocionalidad de la adolescencia, los *crush* y *smash* de la cultura americana, no eran un estadio evolutivo inevitable, y sugiere a Margaret hacer trabajo de campo en otra cultura de los Mares del Sur, en Samoa, territorio al que se había referido el trabajo bibliográfico de fin de máster de ella. Margaret se caracterizó siempre por una insaciable sed de conocimientos, pero sin duda semejante plan le ofrecía una buena escapatoria del embrollo de relaciones en el que estaba metida a esas alturas de su vida, cuando simultaneaba las relaciones con Luther, Ruth, Edward Sapir y Marie Elchelberg (*ibid.*: 230). Pero, coherente con su aspiración de no herir a nadie y hacer felices a todos, en las semanas previas intentó demostrarle a cada uno de ellos que eran la relación más importante (o tal vez la única) para ella. Y así, se fue una segunda luna de miel con Luther, pasó un intenso fin de semana con Sapir y un intenso día también con Ruth en Grand Canyon (donde algunos sitúan el origen de su relación sexual) (*ibid.*: 231).

Aunque intentó que una compañera le acompañara al trabajo de campo (no quería ir con Luther), su negativa la obligó a viajar sola a Samoa con 23 años, 46 kgs y 1,5 mt de altura, siento ésta la primera vez en su vida que hacía algo sola: “(n)unca había viajado en barco, hablado un idioma extranjero o permanecido sola en un hotel. En realidad, no había estado sola ni un solo día de mi vida”, escribió para introducir sus *Cartas de una Antropóloga* (Mead 1977: 31). Al margen de su valentía y arrojo, creo que esto da idea del embrollo emocional en el que se encontraba y la dificultad que ofrecía sostenerlo *in situ*. De hecho, cuatro meses después de partir, Sapir le dio un ultimátum: o se comprometía con él o él se casaba con otra (Banner 2003: 234). Margaret optó por la segunda opción y él

nunca se lo perdonó, castigándola con críticas a su trabajo hasta el final de sus días (*ibid.*: 280-1). No por ello, sin embargo, dejó de pensar en él mientras estaba en Samoa, sino que se obsesionó con él y se llenó de angustia, asociada a una profunda inseguridad sobre su capacidad para el trabajo de campo, como le contaba en el (por otra parte) apasionado intercambio de cartas que sostuvo con Ruth (*ibid.*: 240). Pero no por estar casada, ser amante de Ruth y estar obsesionada con Sapir dejaría Margaret de fijarse en otros hombres, y si no tuvo relaciones sexuales con un samoano que la atraía fue por no comprometer su posición institucional (*ibid.*: 236). Espero poder ir transmitiendo el carácter excesivo, yo diría que descontrolado, de la necesidad de seducir de Margaret Mead, de atraer las miradas sin mayor compromiso que el que ella estuviera dispuesta a asumir. De hecho, en el viaje de regreso de varias semanas en barco, conoció y se enamoró del que sería su segundo marido, Reo Fortune, un antropólogo de Nueva Zelanda al que Catherine definiría como “un hombre desgarbado y torpe, tímido y al mismo tiempo mordaz” (Bateson 1989: 19). Era un hombre provinciano de Nueva Zelanda que había ganado una beca para Cambridge, y que se parecía al padre de Margaret en su tosquedad y claro carácter masculino. Tal vez el enamoramiento de Reo venía a compensar las dudas que le suscitaba su propia sexualidad y la atracción que sentía por Ruth, quien había podido manejar las relaciones de Margaret con Luther, Sapir y Marie, pero que alcanzó un punto de saturación con Reo. Ruth amenazó con dejar la relación con Margaret, pero luego se arrepintió, porque no la podía perder. Acordaron seguir con sus maridos y mantener la relación entre ellas (Banner 2003: 247). Nunca se autodenominaron “lesbianas”, aunque sí aplicaron el término a otras mujeres, y a veces, rechazaban que lo fueran (*ibid.*: 252). Tampoco hablaron de bisexualidad (que habría implicado un dominio de lo masculino sobre los *selves*), sino que Margaret utilizaba el término “tipo mixto” (*ibid.*: 253).

7. *Coming of Age in Samoa*, la obra que le dio fama

El resultado del trabajo de campo fue *Coming of Age in Samoa*, traducido como *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, publicado en 1928, donde defendía que entre los samoanos

no había *crushes*, sino que la vida sexual era relajada, facilitada por el amor libre y los juegos sexuales agradables y naturales entre las chicas entre sí y, a veces, entre los chicos que eran buenos amigos. También concluía que los matrimonios estaban contentos porque la heterosexualidad, que regía la vida social incluía prácticas homosexuales. El libro tuvo un éxito inmediato, pero sus conclusiones ¿no hacen pensar en lo adecuadas que resultaban para una justificación de su propia experiencia? De hecho, sus contemporáneos coincidían en la motivación política, en la intención de favorecer la flexibilización de la rígida educación sexual norteamericana que tenía el libro. El antropólogo Derek Freeman (1983 y 1999), sin embargo, fue mucho más allá, y en 1983, 5 años después de la muerte de Margaret, cuando ya no se podía defender, la acusó de haber sido una ingenua a la que dos jóvenes informantes habían tomado el pelo contándole sus juegos sexuales, que nunca habían tenido lugar, y quitando así todo valor a sus conclusiones. El libro de Freeman, expresivamente titulado *Margaret Mead and Samoa: The Making and Unmaking of an Anthropological Myth*, fue publicado por Harvard University Press y tuvo inmediata repercusión, extendiendo hasta el día de hoy la idea de la escasa fundamentación de los trabajos de Margaret Mead. No es este el lugar para entrar en el amplio y profuso debate generado por la controversia. Baste decir que, tras un breve anticipo (Shankman 2010), Paul Shankman publicó en 2013 un largo artículo en una de las más influyentes revistas americanas de antropología, *Current Anthropology*, demostrando que Freeman habían identificado mal a las informantes de Mead en los temas sexuales y que había ocultado parte de sus propias notas porque invalidaban su crítica, por lo que no había razones para sustentar la desvalorización del trabajo de Margaret Mead en Samoa (véase también Shankman 2010). No obstante, la propia Margaret describió en 1973 su trabajo como “cercano a la ficción”, y como señala Lois Banner (2003: 398) es debatible hasta qué punto penetró en las culturas que estudió. Esta misma sensación de que las conclusiones de sus trabajos coincidían exactamente con una justificación teórica de su propio comportamiento es la que en mi opinión se deriva de las publicadas en su libro más famoso, *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*, publicado en 1935, solo un año después de que Ruth Benedict publicara *Patterns of Culture*.

Aun estando con Luther y Ruth, le dijo a Reo que quería casarse con él (Banner 2003: 258), y una vez asegurado el compromiso, dejó a Luther y renunció al sexo con Ruth, lo que le haría sentir culpa. Tal vez por ello, antes de embarcar hacia Nueva Zelanda para casarse por segunda vez en 1928, pasó el verano con Ruth, y entre medias de este verano y su boda con Reo aún tuvo capacidad y tiempo para enamorarse de otro hombre, un experto en arte vinculado con la universidad de Columbia (*ibid.*: 276-7). Aunque lo olvidaría una vez casada con Reo, no quiero dejar de mencionarlo para insistir en la intensidad y volatilidad de las emociones de Mead. Tras pasar varios meses con Radcliffe-Brown en Australia, Reo y ella realizaron trabajo de campo con los Manus, en Papúa Nueva Guinea (Mead 1972: 167-180). Al volver a Nueva York en 1929 quiso retomar la relación sexual con Ruth (que en ese momento estaba con un hombre joven y dos mujeres), pero esta se negó porque no quería competir con Reo por el afecto de Margaret. No obstante, mantuvieron siempre la devoción mutua, y el profundo vínculo intelectual y emocional que habían sabido construir (Banner 2003: 282).

8. Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas (y en su propia vida personal)

De hecho, sus vidas académicas solo se explican por su realimentación mutua. Ruth Benedict publicó su *Patterns of Culture* en 1934 y Margaret Mead su *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas* en 1935, claves ambas en la historia de la Antropología y paralelas en su metodología y conclusiones. Cada libro compara tres culturas, una de las cuales es particularmente pacífica y concluye que cada cultura está definida por patrones o pautas que potencian el desarrollo de ciertos rasgos de temperamento de sus miembros, haciendo que se considere normal lo que en otra se consideraría anormal o desviado. Benedict encontraba así explicación a su propia conducta “desviada”, pues a mitad de los años 30 tuvo “una especie de epifanía”, y se dio cuenta de que aceptar su homosexualidad (en contra del criterio de Margaret) era esencial para encontrar su “verdadero yo” (Banner 2003: 294).

En cuanto a Margaret, sigue siendo necesario conocer su vida para entender las ideas que vierte en el libro. Ella coincidía con Ruth en la

determinación cultural, pero no estaba segura en lo que se refería al género, así que decidió estudiar los roles sexuales en tres culturas distintas, para poder comparar “el modo en que se relacionan las características innatas de comportamiento con la cultura” (Mead 1972: 194) y “el modo en que las culturas modela(n) el comportamiento esperado de hombres y mujeres”⁴ (*ibid.*: 196). Tres grupos de muy distintas características fueron el objeto de su estudio: los Arapesh, con quienes pasó ocho meses, los Mundugumor (ahora Biwat), con quien estuvo cuatro porque no los soportó más, y los Tchambuli (ahora Chambri), con quien pasó tres, siempre en compañía de Reo⁵. Los primeros resultaron un grupo muy pacífico, a los que Margaret atribuyó “un temperamento que nosotros consideramos específicamente femenino”, maternales y cuidadosos (Mead 1935: 129 y 133). Reo discrepaba de esta interpretación, porque en sus relaciones con los hombres Arapesh había advertido comportamientos violentos, pero Margaret insistió en que su visión era la correcta (Banner 2003: 319).

Por el contrario, entre los Mundugumor, “el ideal de carácter (...), idéntico para los dos sexos” es que ambos sean violentos, competitivos, agresivos en las relaciones sexuales, celosos y vengativos” (Mead 1935: 209). Hombres y mujeres tenían una vida sexual activa y no les gustaba cuidar a los niños. Practicaban infanticidio e incesto, y explotaban y maltrataban a sus hijxs. Margaret vio bebés flotando en el río y padres sosteniendo relaciones sexuales con sus hijas. A los cuatro meses no lo soportó más y tuvo que irse. En este caso, los inadaptados eran los generosos, amables, cuidadosos y pacientes, porque “se consideraba que los sentimientos tiernos eran inapropiados para uno y otro sexo” (*ibid.*: 216). Es decir, en este grupo los comportamientos de hombres y mujeres respondían a lo que en la cultura occidental se consideraría propio de los hombres violentos.

Como no había podido documentar diferencias entre feminidad y masculinidad ni

prácticas homosexuales en ninguno de los dos grupos, necesitaba encontrar un tercero. Reo y ella pidieron ayuda a Gregory Bateson, a quien el primero conocía de Cambridge, que estaba trabajando en el área del río Sepik con los Iatmul. Lejos de sentirse invadido por ellos en lo que podía considerarse su “territorio” de trabajo (Mead 1972: 203), le venía bien conversar con dos antropólogos expertos que podían orientarle en su propia investigación. Llegaron al pueblo Iatmul donde Gregory estaba trabajando, y lo primero que hizo cuando ingresaron en la cabaña fue mirar a Margaret y decirle “pareces cansada” y ofrecerle una silla, las primeras palabras amables que ella oía en todos los meses con los Mundugumor (*ibid.*: 208). Escribió a Ruth diciéndole que al oír esas palabras, “su matrimonio tembló y se deshizo como un castillo de naipes” (Banner 2003: 320). Bateson era el polo opuesto a Reo Fortune: cosmopolita y elegante, procedente de una distinguida familia inglesa intelectual y librepensadora (su padre había acuñado el término “genética”). Era sensible y gentil, lo que le hacía muy atractivo para las mujeres, que al parecer caían rendidas ante él tras solo una conversación. Parecía tener imán para las mujeres con matrimonios desgraciados, y también era partidario del amor libre, al tiempo que confesaba haber tenido relaciones homosexuales (*ibid.*: 321). Aunque Margaret se refiriría posteriormente a la “inexpresividad sexual” de Gregory en una conversación con su amigo Erik Erikson (*ibid.*: 347), lo cierto es que él mantuvo relaciones paralelas al matrimonio al menos con dos mujeres jóvenes, una de las cuales, a la que llamaban Steve, acabó siendo también amante de Margaret (*ibid.*: 337).

Bateson los llevó hasta los Tchambuli, que sería el tercer grupo estudiado. Los Tchambuli sí tenían diferencias de género, pero a juicio de Margaret, eran las contrarias a las del mundo occidental (Mead 1935: 229-47): las mujeres eran sólidas y poderosas y más sexuales que los hombres. Tomaban la iniciativa en las relaciones sexuales y, a veces insatisfechas con los hombres, usaban piedras suaves para actividad autoerótica. Los hombres, feminizados, no hacían lo mismo -Margaret Mead habla de la existencia de poligamia y del modo en que un hombre “compra a su esposa”, lo que, sin embargo, no parece ser indicio para ella de subordinación femenina, ya que, en su opinión, eso no obsta para que sea la mujer “quien ocupa la posición real de poder en la sociedad” (*ibid.*:

⁴ La frase en inglés es “to study the different ways in which cultures patterned the expected behavior of males and females”. Es complicado traducir al español los matices de “males” and “females” y su diferencia con “men” y “women”. Male and female son términos que hacen referencia al sexo biológico, y por tanto aplicables a todos los seres vivos, pero traducirlos como “macho” y “hembra” sexualizaría o “animalizaría” demasiado a los humanos, por lo que se suelen traducir como “hombre” y “mujer”.

⁵ “Cuando volvió de Samoa, mi madre resolvió que jamás volvería a hacer un viaje tan largo a solas” (Bateson: 114).

236). Al igual que respecto a su valoración de los Arapesh, Reo también discutió esta opinión, que yo misma pondría en cuestión.

Bateson les visitaba con frecuencia, y en una de esas estancias tuvieron lugar importantes acontecimientos que marcarían el futuro de los tres, complicados por el hecho de que Margaret estaba esperando un hijo de Reo⁶. Trabajaban y vivían en una pequeña habitación llena de calor y malaria, en la que recibieron el borrador de *Patterns of Culture* de Ruth Benedict que saldría publicado al año siguiente, en donde se sentaban las bases de la escuela de Personalidad y Cultura. Lo devoraron, y al unir el concepto de “arcos de personalidad” de Ruth con el interés por el género, comenzaron a situar sus propias personalidades en un arco, con la masculinidad (M) y la femineidad (F) en los extremos. Concluyeron que Reo era masculino y posesivo y que Margaret y Gregory eran sensitivos y maternales. Como bien destaca Banner (2003: 317), llama la atención que los dos hombres aceptaran esa autocalificación de Margaret como femenina y cuidadora. Su propia hija da cuenta de la misma extrañeza al afirmar (Bateson 1989: 123):

Como hija de ambos, me asombra el hecho de que Margaret se calificara a sí misma y a Gregory como tipos predominantemente maternales, “inquietos” y sensibles, porque (...) soy consciente de que su carácter maternal no era pleno ni mucho menos.

Dieron un rápido vistazo a la historia y se dieron cuenta de que otros personajes, como Jesucristo, tampoco se adaptaban al esquema binario de género. Como luego escribió a Ruth, estaban combinando antropología con “biografía aplicada” (Banner 2003: 327). Una vez puesta en cuestión la división binaria, Margaret pensó que el mismo esquema se podía aplicar para analizar a los tres grupos estudiados, pero había que ampliar las variables de clasificación. Dado que Georg Mendel y Carl Jung habían realizado exitosos sistemas clasificatorios cuatripartitos, ella alumbró el conocido como esquema de “cuadrantes”, que permitía clasificar las culturas en función de diferencias de temperamento que atraviesan ambos géneros, modelados en cada cultura con roles espe-

cíficos. “Vine a Nueva Guinea para encontrar diferencias de sexo”, escribió a Ruth, “pero encontré diferencias de temperamento, innatas, individuales, irrespectivamente del sexo” (*ibid.*: 327). El esquema de los cuadrantes ponía arriba a los “norteños” (los antiguos “masculinos”, poco sensibles y cuidadores), abajo a los sureños (los antiguos “femeninos”, maternales, sensibles y cuidadores), a la izquierda a los “turcos” (gestores poderosos) y a la derecha a los “mágicos” (“fey”⁷, gentil, ajeno a la realidad, a veces teatral). Margaret y Gregory comenzaron a clasificar a todas las personas y culturas conocidas en este esquema, mientras sostenían entre sí un intenso juego de seducción que despertaba los celos de Reo Fortune.

En opinión de Margaret Mead (1972[1995]: 218), existe un número limitado de tipos temperamentales, definidos por una asociación determinada de rasgos de personalidad innatos. Cada cultura enfatiza unos temperamentos y convierte en marginales, desviados o inadaptados a los que son incompatibles con ellos. De esta manera, desmontaba la existencia de un contenido fijo para los conceptos de “masculinidad” y “femineidad”, pues todo dependía de los temperamentos estandarizados de cada cultura, y lo que se consideraba femenino en unas era también propio de los hombres en otra, y viceversa. Y esto aún tenía más implicaciones, porque “si lo masculino y lo femenino no existen, entonces la inversión –y la homosexualidad como una orientación- no existe” (Banner 2003: 333). En 1933 escribió a Ruth para criticarle la orientación sexual con la que había decidido identificarse y para insistirle en que no era homosexual, sino de “tipo mixto”. “You are a perfect good woman... who prefers different temperamental types and responds differently to them”. Ruth ni le contestó. Sólo le dijo que se veía que necesitaba excitación para trabajar y que estaba claro que el Sepik se la daba (*ibid.*: 334).

Y es que, en efecto, la campaña del Sepik no podía ser emocionalmente más intensa, con Reo y Gregory interesados en Margaret, ésta seduciendo a los dos (aunque sintiéndose culpable, al igual que Gregory, del juego amoroso que sostenían) y los dos hombres atraídos entre sí, según Banner (*ibid.*: 330). Para resolver la situación, Margaret acudió a una nueva

⁶ El evento fue relatado, con nombres cambiados, pero mucha precisión de detalles, en la novela *Euphoria*, de Lily King (2014).

⁷ En la traducción de la biografía de Catherine Bateson, “fey” es traducido como “extraños”, pero creo que se ajusta más al significado el concepto de “mágicos”.

racionalización, justificando su momentánea elección de Reo en que, de acuerdo a su esquema, las parejas que funcionaban eran aquellas en que se unía un/a masculinx o norteñx (como Reo o Ruth) y un/a femeninx o sureñx (como Margaret), porque se sentían atraídos por sus diferencias mutuas (*ibid.*). Pero las racionalizaciones no suelen ser el mejor medio para decidir las relaciones emocionales.

De hecho, en la Semana Santa de 1933 parecieron volverse locos los tres. Presa de una enorme excitación, Margaret comenzó a escribir un informe con su nuevo hallazgo teórico, que a juicio de Banner (*ibid.*: 331) es “difícil de describir” y “algo incoherente”. Reo no quería que lo enviara, y acabaron peleando físicamente. Reo tiró a Margaret al suelo y este golpe le provocó un aborto del hijo que esperaba, lo que debió ser horrible teniendo en cuenta sus pesadillas sobre bebés muertos. Acusó a Reo de asesino y se puso histérica, y Reo se volvió contra Gregory acusándole de haber provocado él el aborto por cortejar a Margaret. Ésta cambió entonces el patrón de relaciones sexuales de los cuadrantes: ahora las únicas parejas que podían funcionar eran las del mismo cuadrante, con ambas personas “masculinas” o “femeninas” como Gregory y ella. Al final, decidieron desmontar el campamento e irse todos a Sidney, donde Margaret se sentía el centro de la atención de los dos hombres, al tiempo que todos buscaron amantes. Margaret, por ejemplo, se enrolló aquí con Steve, una de las amantes de Gregory, pero también, compulsivamente, con muchas otras personas. Banner (*ibid.*: 335-7) lo atribuye al trauma que estaba sufriendo por su aborto.

Pero en agosto de 1933 no pudo resistir más la situación y se fue a Nueva York, desde donde escribía cartas de amor tanto a Reo como a Gregory (*ibid.*: 338). El dilema se resolvió por sí solo, porque Reo no quiso volver a Nueva York, así que Margaret se divorció de él en 1935 y se casó con Gregory en la primavera de 1936 en Singapur. Con Gregory habría de tener a su hija Marie Catherine en 1939. Con él hizo trabajo de campo en Bali (con una amplísima documentación fotográfica de la que se encargaba él, ocupándose Margaret de las notas), y con él convivió hasta que Gregory la abandonó, como dijimos antes, 13 años después, en 1950, incapaz de seguirla en su inagotable hiperactividad.

9. Contradicciones sobre la determinación sexual del género

En principio, su teoría de la determinación cultural del género, priorizando unos temperamentos u otros, parecería dejar establecido que no existen rasgos biológicamente invariables que determinen diferencias entre hombres y mujeres. De hecho, el último párrafo de *Sexo y Temperamento* comienza diciendo “históricamente, nuestra propia cultura ha confiado, para la creación de valores ricos y contrastantes, en muchas distinciones artificiales, la más notable de las cuales es el sexo” (Mead 1935: 295):

El material reunido sugiere que muchos, si no todos, de los rasgos de la personalidad que llamamos femeninos o masculinos se hallan tan débilmente unidos al sexo como lo está la vestimenta, las maneras y la forma del peinado que se asigna a cada sexo según la sociedad y la época” (*ibid.*: 260).

Sin embargo, en la página anterior había dicho que al admitir “la adaptabilidad de ambos sexos a (cualquier) profesión” (ella pone como ejemplo la de escritor), “los individuos capacitados no se ven apartados de ella por su sexo, ni se ven obligados, si escribe” (por ejemplo), “a dudar de su feminidad o masculinidad esencial” (*ibid.*: 294). Pero si ha dedicado el libro a desmontar la idea de que existe la feminidad y la masculinidad, ¿a qué se refiere con “feminidad o masculinidad esencial”? Tengo la clara sensación de que Margaret Mead siempre estaba hablando de ella misma y de que el problema principal de su obra es que expresa la propia contradicción que rigió su vida: ella optó por una vida que podría tildarse de “masculina” (por la creatividad, la inmersión en viajes y culturas extraños, cierta promiscuidad sexual, dificultad para el vínculo estable...), pero, como dice Banner (2003: 358), “pensaba en ella como femenina”, y “esta autoidentidad le creaba un problema para defender que las culturas determinaban los “roles sexuales” de hombres y mujeres, que el género variaba entre culturas”. De hecho, en *Sexo y Temperamento* se trasluce su convicción de que los hombres son más inseguros que dominantes (lo que vendría a confirmar su experiencia con su padre y con Reo), y si en todas las culturas su función suele más valorada que las de las mujeres, es solo porque su ego es mucho más frágil, reproduciendo así las ideas de su propia

abuela. De hecho, en *Male and Female* (que a veces ha sido traducido como *Hombre y Mujer* y otras como *Masculino y Femenino*), escrito en 1949, defendió que los hombres envidian tanto la anatomía femenina y su función de educar a los niños que sufren más de “envidia del vientre” que las mujeres de la “envidia del pene” de la que hablaba Freud (Banner 2003: 359). Por eso, entre otras cosas, nunca se sintió identificada con el movimiento feminista.

Parece que con “feminidad esencial” se refería a la natural tendencia de las mujeres a la maternidad. Dice en *Sexo y Temperamento*: “Las mujeres que por temperamento o accidentes pedagógicos han llegado a identificarse con los intereses de los hombres, si no pueden adaptarse a las pautas sexuales corrientes, malogran su principal papel femenino: la maternidad” (Mead 1935: 280). Margaret Mead no se hizo eco en su libro de las principales teóricas feministas del momento y, de hecho, llamó a las líderes por la defensa de los derechos de las mujeres de la generación de su madre “violentas feministas” (Banner 2003: 362). Para Banner (*ibid.*) resulta claro que la relación de Margaret con el feminismo no hace sino expresar el resentimiento que guardaba a su propia madre, que seguía siendo una líder del movimiento en los años 30, y que había dado prioridad a su activismo sobre el cuidado de sus hijos, tarea delegada en su suegra y en la propia Margaret. En una carta a su madre de 1938, tres años después de la publicación del libro, Margaret escribe que lo que los hombres necesitan es “el sentimiento de que las mujeres son diferentes de ellos mismos, y que son amistosas con esos aspectos de la masculinidad que son peculiarmente masculinos y que ellas no tienen” (carta fechada el 29 de marzo de 1938 y recogida en Banner 2003: 363), lo que parece contradecir la ruptura del binarismo de *Sexo y Temperamento*. Ella misma observa en su biografía, escrita en 1972, que cuando en *Male and Female* “discutió las características que parecían relacionadas con diferencias sexuales primarias entre hombres y mujeres”, fue “acusada de antifeminista por las mujeres” (Mead 1972: 221-2). Si se analiza a fondo la obra de Margaret Mead, se encuentra todo el tiempo este tipo de contradicciones: a veces tiene declaraciones súper modernas en contra del binarismo, y en defensa de los derechos de las mujeres contra la opresión de los hombres, como luego harían las feministas de los años 60. Sin embargo, en otras parece simpatizar

con los hombres y acusar a las feministas por ir en contra de ellos, celebrando el valor supremo de la domesticidad y la maternidad, y manteniendo que las mujeres deberían usar sus habilidades para crear un mundo mejor (Banner 2003: 360).

10. Recapitulación y conclusiones

En septiembre de 1948 murió Ruth Benedict por una trombosis coronaria, produciendo un impacto total en Margaret Mead, que tenía 46 años. Ambas habían participado activamente en la II Guerra Mundial, y compartido apartamento en Washington durante la semana, para hacerse cargo de responsabilidades oficiales en cargos que procuraban buscar la paz y entender el carácter nacional de los pueblos en guerra. En 1950 Gregory la abandonó y se fue a vivir a California, pero ella siguió trabajando con su energía de siempre en temas de salud mental, biología y tecnología, familia y la nueva perspectiva global.

En 1978 los médicos le diagnosticaron un cáncer de páncreas que ya había hecho metástasis en el pulmón, aunque ella no pudo aceptarlo y prefirió la versión de un curandero que sostenía que su problema estaba en el intestino y que se curaría (Bateson 1989: 189). Como había sucedido siempre, Margaret Mead necesitaba interponer la fuerza de la razón en su relación con el mundo, e intentar tener el control de las circunstancias que la rodeaban. Ninguna de las dos cosas es posible cuando una se enfrenta a la muerte, por lo que podemos imaginarla sumida en esa inabarcable sensación de vulnerabilidad e impotencia, esa que había necesitado ocultar toda su vida, desde que, en su infancia, cuando no tenía edad para hacerlo, se sintió obligada a asumir parte de las obligaciones familiares.

Margaret Mead teorizó que el género no se deriva del sexo porque ella no se identificaba con la identidad relacional que el orden patriarcal atribuía a las mujeres, y en cambio sí encarnaba perfectamente la que atribuía a los hombres (definida por una clara prioridad de la razón sobre el vínculo, con dificultades para empatizar y poner en segundo plano su propio deseo, y un claro narcisismo del yo). Pero aunque argumentó teóricamente en contra de la determinación biológica del género, en su fuero interno, en su más profundo núcleo subjetivo, no debió poder eliminar esa asociación sexo-género, por lo que necesitó reforzar

el argumento con una demostración inapelable de que ella no era hombre, sino mujer. Y esta inapelable demostración no era otra que la propia del orden patriarcal, que consideraba que la tendencia al cuidado y a los vínculos era solo propia de las mujeres por su capacidad maternal. Luego si ella demostraba que tenía esa tendencia, nadie dudaría de que era una mujer. Si le dio prioridad a la construcción de este mito sobre ella misma es que debía tener unas dudas internas que no conseguía disolver, pero con ello incurría en una contradicción manifiesta sobre la determinación biológica del género, y esta contradicción define toda su obra.

En mi opinión, todas las mujeres individualizadas de la modernidad tenemos identidades contradictorias, porque conjugamos rasgos de individualidad y de identidad relacional. Pero a comienzos del siglo XXI la sociedad occidental ya no encasilla a hombres y mujeres en la tradicional división complementaria de género, sino que tolera en gran medida la especialización profesional de las mujeres o los rasgos de ternura o de cuidado en los hombres, a pesar de la fuerte presión patriarcal que aún rige el orden social. No sucedía lo mismo, sin embargo, a comienzos del siglo XX, cuando vino al mundo Margaret Mead. En un manuscrito de 1972

recogido por su hija (Bateson 1989: 119), reconocía “el deseo que sentía desde temprana edad de tener certeza sobre mi propia identidad” y “las confusiones en que me habían sumido las concepciones ajenas sobre lo que deben ser las mujeres profesionales, o cualquier mujer inteligente” (en Bateson 1989: 119). Y es que, en esa época, ser mujer profesional o inteligente aún constituía casi un oxímoron, una *contradictio in terminis* para el orden social. Cuando comencé a estudiar la figura de Margaret Mead, sentí impaciencia y rechazo hacia sus contradicciones, negaciones y disociaciones. Pero al final, solo siento admiración por el modo en que supo utilizar todas esas “trampas” para escapar de sus propios demonios y facilitar el camino a otras mujeres que, continuando sus pasos, nos podemos sentir inteligentes y profesionales sin tener que poner ya en duda nuestra propia condición de mujer.

Agradecimientos

Este artículo es parte de los resultados del proyecto PID2019-105431GB-I00, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España.

Bibliografía

- Banner, Lois W. (2003): *Interwined Lives. Margaret Mead, Ruth Benedict, and Their Circle*. Vintage Books, New York.
- Bateson, Marie Catherine (1989): *Como yo los veía. Margaret Mead y Gregory Bateson recordados por su hija*. Gedisa, Barcelona.
- Coffman, Elesha J. (2021): *Margaret Mead: a Twentieth Century Faith*. Oxford University Press, Oxford.
- Freeman, Derek (1983): *Margaret Mead and Samoa: the Making and Unmaking of an Anthropological Myth*. Harvard University Press, Cambridge.
- Freeman, Derek (1999): *The Fataful Hoaxing of Margaret Mead*. Westview Press, Boulder, CO.
- Hernando, A. (2012): *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Katz, Madrid (2018: Reedición en Traficantes de Sueños, Madrid).
- Howard, Jane (1984): *Margaret Mead: A Life*. Simon & Schuster, New York.
- King, Lily (2014) [2016]: *Euphoria*. Malpaso, Barcelona.
- Lutkehaus, Nancy (1995): Introduction. In M. Mead: *Blackberry Winter. My Earlier Years*. Kodansha International, New York, pp. xi-xx.
- Mead, Margaret (1928) [1984]: *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Planeta-Agostini, Barcelona.
- Mead, Margaret (1935) [2018]: *Sexo y Temperamento en tres sociedades primitivas*. Paidós, Barcelona.
- Mead, Margaret (1949) [1961]: *El hombre y la mujer*. Los Libros del Mirasol, Buenos Aires.
- Mead, Margaret (1972) [1995]: *Blackberry Winter. My earlier years*. Kodansha International, New York.
- Mead, Margaret (1977) [1981]: *Cartas de una antropóloga*. Bruguera-Emecé, Barcelona.
- Shankman, Paul (2010): The trashing of Margaret Mead. How Derek Freeman Fooled Us All. *Skeptic* 15 (3): 24-27.
- Shankman, Paul (2013): The “FatefulHoaxing” of Margaret Mead. A Cautionary Tale. *Current Anthropology* 54(1): 51-70.

